

Sumario

La Pastoral de la Comunicación actúa en defensa de la dignidad de la persona humana y su encuentro con los demás, ante las nuevas expectativas que surgen de las tecnologías de la comunicación. El desafío de la Evangelización ha de llevar a que se pueda explicitar la Buena Noticia de la Vida en las nuevas realidades y no sea sólo algo implícito solamente.

Pastoral de la comunicación: Un nuevo modo de actuar frente a las nuevas realidades

Mons. Juan Luis Ysern de Arce

*Obispo de San Carlos de Ancud - Chile, Presidente del
DECOS-CELAM*

Introducción

Sin duda, podemos considerar como “un nuevo modo de actuar” todo lo que se hace por aprovechar bien para la pastoral, todas las posibilidades que ofrecen para esa labor las nuevas tecnologías. Hemos de decir que esta forma de actuar no sólo es muy buena, sino que es totalmente necesaria. La pastoral de la comunicación requiere saber utilizar para la misión de la Iglesia todas las posibilidades que ofrecen los medios de comunicación, tanto los de tecnologías antiguas como los de las nuevas.

Pero no vamos a entrar aquí en el urgente, necesario y fascinante campo del uso de las nuevas tecnologías de comunicación al servicio de la pastoral. Gracias a Dios son muchos los que, con ánimo decidido y admirable creatividad, han entrado en este campo. Frente a esto, la actitud ha de ser la de estimular al máximo la creatividad y la de impulsar el intercambio de experiencias. Las personas que han entrado por este camino merecen el máximo apoyo y mucha colaboración para una sincera y permanente evaluación. Digo “sincera evaluación” para no confundirla con la evaluación de quienes, sin perseverar haciendo las debidas reorientaciones, se deprimen o abandonan la iniciativa ante algún fracaso, tan posible cuando se abren caminos desconocidos, ni tampoco confundirla con la evaluación superficial de quienes no quieren ver los errores.

78 Pero nunca debe olvidarse que una cosa es la comunicación social y otra distinta el uso de los medios de comunicación social. Según esto, es un error confundir la pastoral de la comunicación social con el sólo aprovechamiento de tales medios para la pastoral, aunque este aprovechamiento sea un aspecto muy importante dentro de la pastoral de la comunicación. Además, por ningún motivo debemos dejar de estar muy atentos a lo que va sucediendo en

cada persona y en la sociedad como consecuencia del uso de las diversas tecnologías que van apareciendo en el campo de la comunicación.

Incluso, esta mirada atenta a lo que va pasando en el mundo de las nuevas tecnologías y a las consecuencias de su uso por parte de las personas, hemos de considerarla como parte de la actitud nueva que, además, ha de ser permanente. Más cuando nos anuncian que el proceso de cambios va a ser cada día más acelerado.

Puede parecer contradictorio hablar de “actitud permanente” y al mismo tiempo de “actitud nueva”. Pero es aquí donde es necesario detenemos a reflexionar. Se trata de adquirir una permanente actitud de entrar en lo nuevo, si se quiere una actitud cada día nueva de mantenerse en lo permanente y definitivo.

Y como ya se está haciendo habitual al hablar de comunicación, hemos de advertir que se ha de tener mucho cuidado de no confundir información con comunicación. La comunicación requiere encuentro de personas y esto supone entrega y acogida mutua que sólo es posible en la medida en que cada uno actúe con buena voluntad hacia el otro. Sin esta buena disposición de cada uno hacia los demás no puede haber ni acogida auténtica ni entrega verdadera.

Hechas estas primeras advertencias vamos a presentar nuestra reflexión en dos partes. Una primera mirando a la defensa y desarrollo de la persona y de la convivencia. Es la mirada al hombre pero teniendo en cuenta que el hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. La segunda parte será en referencia a la evangelización. El anuncio de la buena noticia con todo lo que esto supone de coherencia y unión con la pastoral de la Iglesia.

1. Libertad y Comunión. Actitud permanente y actitud nueva

“La persona humana ha sido creada a imagen de Dios que es comunión de Personas. De aquí que la persona humana lleve grabadas en lo más profundo de sus entrañas

dos dimensiones: la libertad y la comunión que deben ser vividas en forma inseparable para su realización plena.

La libertad es esa facultad que sentimos todos para tomar decisiones propias y que hace que cada uno sea responsable de sus propios actos y por la que puede realizar su autodeterminación. Por la libertad nosotros somos sujetos con capacidad de dar sentido. Lo que hacemos puede ir en la dirección del egoísmo o, por el contrario, en la dirección de servicio y obsequio, esto es en la dirección de la entrega y de la acogida hacia los demás (cf. Rm 6, 17-18. 20-22).

Como estamos hechos a imagen de Dios no estamos hechos para la soledad. Dios, aunque es uno, es comunión. Nosotros tenemos que construir la comunidad actuando como personas, libremente. Solamente quien tiene libertad puede regalar y hacerse uno mismo regalo, entrega, gracia. Y tanto el entregarse, hacerse obsequio para otro, como el acoger a quien se hace entrega y obsequio es regalo, es gracia. Esto es la auténtica comunicación que no se puede realizar sin libertad.

El sentido auténtico de la libertad es la comunión. El camino de la libertad es la comunicación que, a su vez, es el camino para la comunión. Y cuanto mayor es la libertad, mayor es la densidad del obsequio y más profunda la comunión. La sociedad entera y sus organizaciones deberían ser expresión y escuela de comunión. Se trata de la convivencia verdaderamente humana que debemos crear entre todos y que siempre será tarea de cada día**

80 La comunicación requiere tener un corazón generoso no sólo para hacer entrega de sí mismo, esto es para entregarse, sino para acoger al otro. Incluso, muchas veces se requiere más generosidad para acoger al otro que para entregarse uno mismo. Saber escuchar

* J. L. YSERN DE ARCE, Persona, Familia, Sociedad, Matrimonio y Ley, *Revista Mensaje*, octubre 1998, Santiago, p. 496.

al otro, ponerse en su lugar, etc. son actos de generosidad totalmente necesarios para la comunión.

Ahora bien, para vivir esta entrega y acogida necesarias para la convivencia auténtica es fundamental que cada uno actúe consciente y libremente. De lo contrario no puede actuar propiamente como persona.

En consecuencia, para el crecimiento de la comunicación es necesario, en primer lugar, eliminar todo aquello que pueda ser obstáculo para el crecimiento de cada uno como persona. Al mismo tiempo la comunicación verdadera hace crecer a cada uno como persona.

El uso de las nuevas tecnologías puede y debe ayudarnos en este campo pero también puede distraernos mucho y fácilmente podemos olvidar lo que debe permanecer siempre. Tenemos que tenerlo presente para no entrar en un proceso de deshumanización.

Para ser más concreto quiero llamar la atención sobre la necesidad que se nos presenta, en la situación actual, de preocuparnos muy especialmente del espacio para el silencio. Sin el silencio no podemos pronunciar la palabra propia, la palabra que nace de cada sujeto. Es necesario vivir el silencio en la soledad para poder entrar en la convivencia verdadera de la comunión.

Por otra parte, la convivencia tiene diversos puntos de vista, desde el propio de la convivencia ciudadana o, si se quiere, desde el nivel propio de la "aldea global", considerando a la humanidad entera, a la "familia humana", hasta el nivel de la convivencia íntima que pueda corresponder a la convivencia matrimonial. Cada uno de esos niveles tiene sus particularidades pero en todos ellos se requiere entrega libre por parte de cada persona.

Silencio y soledad

Son muchas las cosas que se pueden entender bajo los términos "silencio" y "soledad". Para evitar confusiones quiero dejar en claro el sentido que estoy dando aquí, en este momento, a tales términos.

El “silencio” no lo entendemos aquí solamente como “dejar de hablar”, “callar”, o un simple “dejar de hacer ruido” o “alejarse del ruido”, algo así como quedar mudo y sordo. No lo entendemos aquí como rechazo a hablar, o conversar ni tampoco como rechazo a escuchar. No se trata de una simple negación a hablar o a escuchar, eso es muerte.

El silencio al que nos referimos aquí es vida, es entrar dentro de sí mismo para escuchar todo lo que hay de vida, tanto lo que viene desde dentro como lo que llega desde fuera. El silencio es contemplación de la vida con todas sus maravillas, tratando de descubrir su inagotable riqueza.

El silencio no tiene nada que ver ni con la ceguera o sordera del que ni ve ni oye, ni con los espejismos estúpidos del narcisista, ni con la angustiada destrucción del masoquista.

Este silencio del que entra dentro de sí es la actitud de quien opta decidida y gozosamente por la vida para aprovechar bien lo que está en sus manos, tanto lo que tiene como lo que se le da para que disponga de ello y así llegar a ser quien tiene que ser.

Este silencio es la actitud contemplativa del que ha tomado conciencia de que la vida se va descubriendo poco a poco, y que es necesario alejarse de los ruidos que impiden entrar dentro de sí, que es desde donde puede observarse ese tesoro.

Con lo dicho ya es fácil comprender que la “soledad” no la entendemos aquí como la situación del amargado porque nadie está con él, situación que, a veces, se produce porque uno mismo no está con nadie. No entendemos la soledad como la situación del excomulgado por la sociedad, o del que por una u otra razón ha quedado marginado u olvidado por la sociedad. No se trata de la situación del que ha quedado sin tener parte en la mesa de la vida, o del que desprecia a todos sin querer saber nada de nadie.

La “soledad” a la que nos referimos aquí es la que corresponde a quien guarda el silencio que acabamos de señalar como entrada dentro de sí mismo. Hay una relación muy profunda entre este silencio y la soledad de la que aquí estamos hablando. La soledad

es la *situación* libremente buscada por quien libremente ha entrado en la *actitud* de silencio.

Quien sabe guardar este silencio es quien descubre la palabra suya propia, para hablar aportando lo que le corresponde desde la identidad única que es como individuo.

En esta soledad es donde se encuentra la complementación que le corresponde a cada uno como sujeto único e irrepetible que tiene que articularse en la convivencia con los demás, esto es, en la comunión vivida como encuentro con los demás con todo lo que esto supone de entrega y acogida.

En el silencio y en la soledad es donde podemos juzgar entre lo propio y lo que nos viene de fuera. Es ahí donde podemos discernir sobre los valores y seleccionar, libremente, optando por lo mejor para seguir adelante. Así en el silencio se aprende a hablar y en la soledad se aprende a compartir.

Podemos decir, incluso, que sin este silencio y sin esta soledad es imposible la comunicación que lleva a la comunión necesaria para nuestra realización como personas.

El silencio y la soledad así entendidos son partes o etapas del camino de la comunicación como camino para la comunión, que de ninguna manera pueden confundirse con el silencio y soledad del egoísta que se encierra sobre sí mismo para no compartir, y que prefiere permanecer en el ensordecedor mundo de los ruidos y gritos, muchas veces llenos de espejismos deslumbrantes. Es fácil emborracharse dentro de una aparente convivencia, construida por la masificación alienante de quienes arrastrados por el ensordecedor ruido que producen no alcanzan a descubrir su profundo vacío.

Es verdad que hemos puesto aquí de una forma muy extrema dos posturas que, en la realidad, se producen muy matizadas y cada persona suele vivir una mezcla de ambas, con mayor o menor dosis de alguna de ellas. No obstante hemos destacado, muy intencionadamente, las dos posiciones para poder fijarnos mejor en la dirección de nuestra labor. Es tarea de cada uno, en el silencio

necesario de la dinámica de su soledad donde tiene que descubrir su realidad concreta. Es tarea personal.

Quien sabe caminar a través de la soledad del desierto para vivir el silencio sabe encontrar el camino de la convivencia armónica, el camino de la comunicación auténtica que lleva a la comunión.

Este camino sólo se puede recorrer por decisión personal. Es el camino del crecimiento de la libertad. La buena voluntad, que señalábamos antes como requisito indispensable para la convivencia, es una decisión libre de cada uno. Decíamos que se requería generosidad para entregar y para acoger. Esa generosidad es regalo, es gratuidad, es gracia. Pero el regalo no tiene sentido si no hay decisión libre y cuanto mayor es la libertad con la que se hace el regalo, mayor es la densidad del regalo y de la gracia.

Fácilmente se puede entender, en consecuencia, que cuanto mayor es la libertad de donación de uno mismo, más profunda, firme y estable será la comunión. Y es la comunión, como decíamos antes la que da sentido a la libertad. Somos libres para la comunión, no para el egoísmo.

Todo lo dicho es algo que pertenece a las entrañas de la persona. Quiero decir con esto que la referencia que hemos hecho al silencio y a la soledad es sobre una actitud que debe ser considerada como permanente. Parece, por tanto, que nada tendría que ver con el enunciado del título que planteaba una actitud nueva.

Frente a esto quiero expresar una doble respuesta. La primera viene desde dentro de la persona. La buena voluntad, si bien es cierto que debe ser actitud permanente, también es cierto que esta actitud supone permanente renovación. Cada día es nuevo. Cada instante es nuevo. La comunicación y convivencia de hoy no está hecha, es tarea que tengo que construir hoy. Es ahora cuando tengo que construir la convivencia con quienes tengo ahora en mi camino. Es tarea de este momento y es ahora cuando tengo que hacer un acto nuevo de buena voluntad. Acto nuevo referido a la situación de este momento, ya sea de soledad ya sea de encuentro. Acto que debo realizar con plena libertad dentro de este camino permanente



y siempre nuevo del crecimiento como persona, como sujeto libre, en el encuentro con los demás, en el camino de la comunión.

La segunda respuesta hace referencia a lo que viene de fuera. Hoy día esto se hace fácil de entender. Estamos viviendo dentro de una sucesión de cambios que cada día son más acelerados. Ver cada día como escenario nuevo se nos presenta ya como normal. Esto puede ser algo muy peligroso o algo muy bueno. Todo dependerá de la postura con la que nos enfrentemos ante esa realidad.

Esa realidad siempre puede producir ruido y muchos espejismos. Si nosotros nos dejamos deslumbrar por esos ruidos y espejismos podemos entrar por un terreno de esclavitud que nos deja sin libertad y, en consecuencia, perderemos el camino verdadero de la comunicación, esto es el camino de la comunión y del crecimiento como persona.

Por el contrario, si nosotros sabemos tomar esos cambios y llevarlos a la soledad del desierto con el fin de descubrir y admirar todo lo bueno que puede haber en ellos, así como también de descubrir y prevenirse de la falsedad y engaño que igualmente puede haber en ellos, sabremos tomar lo bueno y liberarnos de lo malo. Estaremos comportándonos con una actitud nueva, precisamente por no haber dejado la actitud permanente.

La pastoral de la comunicación, en la parte que le corresponde actuar en defensa de la dignidad de la persona y su encuentro con los demás, no puede dejar de estimular el esfuerzo del silencio y la soledad, según hemos expresado. Es esto tanto más urgente en los momentos en los que las personas pueden quedar atrapadas en el ruido y los espejismos que ofrecen las nuevas tecnologías de la comunicación, cuando estas son usadas para deslumbrar y producir un ambiente que, con facilidad, alcanza la complicidad del egoísmo en dirección deshumanizadora.

Aunque por todas partes se oye el clamor por la libertad de expresión, no se toma conciencia de la facilidad con la que se actúa contra la libertad. La persona que llega a casa y entra de inmediato a recibir una secuencia interminable de mensajes a través de la



televisión, del internet etc., ¿cuándo pasa a través del silencio?, ¿cómo asegura el crecimiento de su libertad?, ¿no tiene más bien peligro a masificarse dejando de ser él mismo?. Estas y muchas otras preguntas por el estilo hacen patente la necesidad de plantear el silencio como actitud nueva frente a la nueva realidad.

Todo lo que hemos dicho es evidente que se encuentra en la dimensión personal, en el terreno individual. Pero también podríamos plantearnos algo semejante dentro del campo comunitario y social..

La sociedad necesita reflexionar sobre lo que está pasando y viviendo. Esto supone conocer bien lo que sucede. Pero el problema es que cada día la sociedad queda sorprendida por algo nuevo y se producen nuevas realidades que generan nuevas actitudes, sin que nadie haya pensado en ello. Esto plantea la necesidad urgente de mantener la investigación de la realidad como una actitud nueva imprescindible.

Por varios lugares se van creando observatorios sobre la comunicación. Sin duda, es el primer paso de la comunidad que escucha y quiere reflexionar sobre lo que hay en orden a prepararse para lo que se ve venir. Es la forma de ver las nuevas realidades para descubrir los nuevos modos con los que se deberá actuar. La pastoral de la comunicación no puede considerarse dispensada de esta labor. También necesita tener la creatividad necesaria para tener sus observatorios con el fin de reflexionar y descubrir las nuevas actitudes.

Para terminar esta primera parte, quiero resumir lo dicho planteando como actitud nueva, por la exigencia que nos viene de la realidad, el pasar de una pastoral estática a una pastoral dinámica. La aceleración de los cambios no permite quedarse detenidos, es necesario entrar en ese mismo dinamismo pero teniendo mucho cuidado.

86

El dinamismo es el de saber caminar cada día desde el lugar preciso de la realidad cambiante. Esto supone tener la agilidad de la creatividad para abrir caminos desde esa realidad nueva. Pero, al mismo tiempo, hay que tener mucha claridad sobre lo permanente

y definitivo. El puerto de llegada no cambia. La mirada ha de estar fija en ese punto.

Es necesario saber en qué lugar estamos, qué pasa, hacia dónde van los vientos y las corrientes. Todo eso es investigación del observatorio para saber hacia dónde nos arrastran los diversos impulsos de nuestro ambiente. Pero eso mismo postula la necesidad del silencio para separarse de todos los ruidos y, con la mirada fija en lo permanente, saber buscar el camino seleccionando bien los elementos que ayuden a ello.

2. La Evangelización

Lo dicho hasta ahora en defensa del hombre, hecho a imagen de Dios y llamado a la Alianza, esto es, a la comunión con Dios y con los hombres, ya es una labor de Evangelización implícita que en algún momento debe ser complementada por el anuncio explícito del Reino.

Puebla nos dice: “La Evangelización, anuncio del Reino, es comunicación” (DP 1063). A esto Santo Domingo añade: “para que vivamos en comunión” (SD 279)

El anuncio de la “Buena Noticia” no es sólo información, es mucho más que eso. De hecho no sería propiamente evangelizar el hecho de dar las informaciones correspondientes al Reino. La “Buena Nueva” que los ángeles de Belén anuncian a los pastores dejaría de ser Buena Nueva si sólo fuese la información de algo grato y esperado, por muy grande y grato que fuese.

Esa Buena Nueva es mucho más que información, es revelación de la Buena Voluntad que Dios tiene hacia los hombres, y es invitación a responder con otro acto de buena voluntad por parte de los pastores. Es invitación para ir a Belén. Es invitación a entrar en la dinámica de ese Dios que se nos hace regalo para nosotros. Y la única forma de entrar en esa dinámica es acoger el regalo, haciéndose regalo con Él. Es entrar en ese mismo movimiento de gratuidad y de gracia, uniéndose a la gratuidad y gracia de Dios. Así acoger la gracia es hacerse gracia para todos.

Ir a Belén según la expresión infantil y popular es muy precisa, significa llevar regalos al Niño que ha nacido. Pero llevar regalos al Niño es darle el corazón junto con los Pastores. Es hacerse amigo para vivir siempre como amigo “portándose bien” dicen los niños, haciendo el bien. Regalar el corazón al Niño es hacerse bueno como Él para todos y querer a todos.

Tanto la Evangelización implícita como la explícita ha de estar dentro de esta misma dinámica. El periodista cristiano que tome en serio su compromiso de fe tiene que saber actuar dentro de esta dinámica. Tiene que saber entregar las noticias como participación de la “Buena Noticia”, y la forma de hacer esto es convertirse él en buena noticia.

La Buena Noticia es el anuncio de la Buena Voluntad de Dios que quiere a todos y a cada uno. La Buena Noticia para mí es que Dios me quiere y que me llama a vivir con Él y que está esperando mi respuesta. Pero responder es acoger el amor con el que me ama y esto significa acoger el cariño con el que El ama a todos. Si yo lo acojo de verdad yo también entro en la dinámica de esa Buena Voluntad para todos y para cada uno.

En la medida que yo libremente asumo esa Buena Voluntad y me identifico con ella, yo mismo vengo a ser buena noticia. Todo lo que hago está impulsado por ese amor a Dios y a los hombres. Eso que hago como expresión de la buena voluntad es la revelación de mi interior donde vivo la comunión con Él que se ha hecho Buena Noticia.

Todo esto se ha de aplicar a todo cristiano que vive con fidelidad su dimensión de fe. De modo especial nos encontramos aquí con los dos aspectos a los que hacíamos referencia más arriba: lo permanente y lo nuevo. Permanente es Cristo “ayer, hoy y siempre” y nuevo es que ese mismo Cristo está viniendo ahora y está ahora a la puerta y llama (cf. Ap 3,20) y eso es ahora, dentro de las realidades nuevas, dentro de lo que es ahora y que ayer no era. Esto es siempre nuevo. La Buena Nueva siempre, siempre es nueva.

Del mismo modo, el acto de buena voluntad de cada uno de nosotros ha de existir desde cada realidad que se sucede en el

tiempo. Desde la realidad de hoy que sucede en un tiempo nuevo, que nunca había existido hasta hoy, yo debo ser buena noticia.

La buena voluntad se ha de manifestar en cada momento y siempre es nueva. El amor no admite envejecimiento. En el momento que deja de ser nuevo deja de existir. Siempre ha de ser nuevo y siempre se ha de manifestar, siempre ha de ser noticia. Siempre buena nueva.

Como decíamos arriba esto vale para todos. Ahora bien el profesional de la noticia, si es cristiano, tiene que saber convertir la información, la noticia, como participación en la Buena Noticia.

Dicho de otra forma, el profesional de la noticia tendrá que utilizar los medios de comunicación y la entrega de sus noticias de modo que sean expresión de su buena voluntad hacia todos. Tratará de decir lo que los demás necesitan conocer, lo que pueda servir para que cada uno entregue su aporte a la convivencia tal como es. Falsear los datos de la realidad es impedir que los demás puedan entregar el aporte que les corresponde para la convivencia. Todas las faltas a la ética son faltas de amor a los demás.

El periodista que de verdad ama a los demás, se sentirá impulsado por exigencia de su buena voluntad a dar a conocer lo que se necesita conocer para construir la convivencia con el aporte de cada uno. Ese periodista igualmente se sentirá impulsado a rechazar lo que aliena, masifica o hace daño. Esto será para él un deber de conciencia proveniente de su entrega a los demás. Será un aspecto de su participación en la entrega de Cristo a todos. Y esto requerirá siempre una renovación permanente. En cada momento tendrá que descubrir la actitud nueva dentro de las nuevas realidades.

Pero todo lo dicho aún queda dentro de la Evangelización implícita que necesita ser explicitada por alguien en algún momento. Puede ser la misma persona o pueden ser otras, pero es necesario que el nombre de Cristo sea pronunciado explícitamente. No hay otro nombre por el que podamos ser salvos (cf. Hch 4,12).

La actitud nueva para el comunicador que se decide por ser “buena noticia” como participación de la Buena Noticia, será la de participar

dentro de la comunidad creyente para actuar en comunión con ella en la novedad de cada día. La comunidad creyente pronunciará explícitamente el nombre del Señor que motiva a todos sus miembros.

La actitud de la comunidad creyente al hacer operacional su misión en medio del mundo se traducirá en planes concretos de pastoral. La novedad de las realidades debe impulsar a mantener una actitud de búsqueda permanente para colocar todos los medios posibles al servicio de la máxima participación en la elaboración y realización de los planes de pastoral orgánica. Según estos planes cada uno puede concretar su aporte.

Esto siempre va a significar un esfuerzo por conseguir la máxima participación de todos. Aprovechar bien las grandes posibilidades de participación que ofrecen las nuevas tecnologías para la labor del anuncio explícito del Reino será siempre una actitud nueva muy enriquecedora.

No se trata sólo de educar a todos para la percepción crítica y para la comunicación interactiva, sino el hacer que el contemplativo sin dejar su silencio y soledad las convierta en aporte dentro del encuentro de todos, de modo que con su aporte se pueda escuchar en el silencio contemplativo la Palabra que se hizo carne y está entre nosotros.

Es necesario hacer que se escuche la voz del pobre y marginado y mantener el silencio contemplativo para descubrir al Dios presente, cuya Palabra hecha carne continua llamando a cada uno para que entre a vivir la comunión en fidelidad al Espíritu Santo. Esto ha de traducirse en continua creatividad que ayude a cada uno a crecer como hijo de Dios y como hermano de los demás. El crecimiento verdadero de cada uno en su sentido pleno y profundo es inseparable del crecimiento en la comunión. Ambas realidades se han de vivir en las entrañas de Dios. De ese Dios que tiene Buena Voluntad para los hombres y que continuamente se hace Buena Noticia.

Siempre será nueva la actitud del testigo que en las realidades de cada día puede decir “lo que hemos visto y oído”, “lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado y nuestras manos han palpado acerca del Verbo de la Vida” eso les anunciamos.

Es necesario ser testigos del Dios de la Vida en las nuevas realidades. Esa es la actitud nueva. Siempre hemos de decir “La Vida se dio a conocer, la hemos visto y somos testigos y les anunciamos la Vida Eterna. Estaba en el Padre y se nos apareció” (1Jn 1, 1-2) . Y les anunciamos esto “para que también ustedes estén en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y su Hijo, Jesucristo” (1Jn 1, 3).

Dirección del Autor:

Blanco Encalada 793

Casilla 405

E-mail: obiancud@chilesat.net

Ancud - Chile